

Voluntarios españoles en Ecuador

1. Mi paso por Esmeraldas

Me llamo María Jesús Perales, "Chusa", y he tenido la gran suerte este año, en abril de 2010, de vivir el proyecto de Adsis en Esmeraldas, Ecuador.

¿Agradecida por ello? Inmensamente. Pero desde mucho antes. Desde, al menos, 2005.

El primer agradecimiento es para Adsis Valencia, que generosamente ofreció el Proyecto de Esmeraldas cuando nuestra idea de ofertar un programa de prácticas en América Latina, estaba sólo sobre el papel. Los estudiantes de la Diplomatura de Educación Social de la Universitat de València llevaban tiempo pidiéndonos una vía para poder "vivir el Sur" desde una experiencia personal y profesional, que fácilmente podíamos vincular a las prácticas que ellos deben hacer en su último semestre de estudios universitarios. En el curso 2004-05 esa idea se hizo realidad con dos proyectos: el de República Dominicana (en la frontera con Haití) y el de Ecuador (en Esmeraldas). Las estudiantes pioneras fueron Maria José Gracià y Ana Belén Gisbert. Primero, antes de marchar, conocieron el proyecto de Adsis en Valencia, conocieron a las personas que lo desarrollan, lo "vivieron". Luego, tuvieron el privilegio de conocer directamente el proyecto y participar en él. Ellas nos contaron, a su vuelta, lo que había supuesto en sus vidas, cómo lo habían vivido... el agradecimiento que sentían.

Desde entonces, la colaboración directa con Dori en Adsis Valencia, e indirecta con los distintos equipos que han pasado por Adsis Esmeraldas, han hecho del proyecto de Ecuador uno de los fundamentales dentro del programa de prácticas de la Facultad en América Latina, trabajando siempre entre la Universidad, la Pucese, y el proyecto Abriendo Puertas.

Abril de 2010. Por fin, yo misma iba a poder conocer el proyecto, de primera mano. Y volví con el corazón lleno.

Hay dos elementos que querría destacar de ese proyecto, que realmente "abre puertas".

En primer lugar, el compromiso con el contexto. El trabajo que Adsis Esmeraldas está realizando en el Barrio 20 noviembre está realmente "abriendo puertas", puertas para que nuevas esperanzas entren en el barrio, para que las personas asuman el protagonismo para poder hacerlas realidad, para que el barrio desarrolle todo el potencial que tiene. Y este compromiso con el contexto tiene otra dimensión, que también abre puertas. El trabajo que Adsis Esmeraldas desarrolla en la PUCESE abre puertas a otro grupo de personas, que se están formando para desarrollar el potencial de la ciudad de Esmeraldas, integrando también valores fundamentales de compromiso con su entorno, social y ambiental. Como colofón de este análisis, los puentes que ahora se están tendiendo entre la Universidad y el barrio, facilitando que estudiantes de la PUCESE se integren en el proyecto Abriendo Puertas, son una estrategia interesante y eficaz para crear lazos dentro de la ciudad, dentro de la comunidad esmeraldeña, para concienciar y trabajar juntos.

El segundo elemento a destacar del proyecto, es que generosamente abre puertas "a los de lejos". Ya pasan de 10 los estudiantes de la Universidad de Valencia que han pasado por allí. Y hay más, hay estudiantes y jóvenes procedentes de otras universidades y de otras ciudades. Abrir las puertas de un proyecto como éste a estos jóvenes es abrirles el corazón y la mente a una manera diferente de ver el mundo, de ver el norte, de ver el sur, de analizar la realidad. Y hacerlo además con todo el cariño del mundo, haciéndoles sentir desde el primer día parte del proyecto, es simplemente impagable.

Como responsable de este proyecto de intercambio, y, sobre todo, como persona, me he sentido durante un mes miembro del equipo, en el barrio y en la Universidad. La comunidad de Adsis en Esmeraldas, y el grupo de personas que se



ha constituido alrededor, dando papel también a las personas que pasaron por el proyecto y que han decidido seguir viviendo allí y apostando por él, son un contexto privilegiado para llegar y sentir, para vivir Esmeraldas.
Una vez más, gracias.

María Jesús Perales

2. Una experiencia única

Nuestro destino inicial era Guatemala pero las dificultades hicieron imposible seguir ese camino y el destino nos llevó finalmente a un lugar llamado Esmeraldas.

Recuerdo como si fuese ayer, la despedida de los seres queridos en España para volar hacia Quito y hacia un sueño compartido.

Después de muchas horas de vuelo y tenernos que quedar allí varios días de papeleos, pudimos coger un autobús que nos llevase a nuestro deseado destino. Muchas horas de autobús y nervios para poder llegar a donde íbamos a vivir durante siete meses. Rápidamente sentimos el calor, los nervios y el miedo a lo desconocido junto con el cansancio y las maletas que complicaba nuestros movimientos.

Nuestro objetivo inmediato era buscar un taxi para que nos llevase a la Calle México con Panamá, pero cuando estábamos saliendo de la terminal una persona se acercó y nos preguntó: "¿Eduardo y Sonia?", Nuestra contestación fue inmediata, ¡nunca podremos olvidar esa cara! Los abrazos y besos nos hicieron sentir en familia sin saber aun todo lo que íbamos a poder compartir con las personas que allí estaban viviendo, soñando y trabajando por otro mundo más justo para todos y todas.

Poco a poco, las personas que vivían al otro lado de la cocina, se fueron convirtiendo en nuestra familia con la que poder compartir, aprender e ir avanzando cada día.

Una experiencia única que nos ha provocado reflexionar acerca de momentos vividos en el pasado, que hacen que podamos seguir creciendo como personas y mirar para el futuro. Sentir que eres parte de un lugar y de una familia que ha provocado que un trocito de nuestro corazón se llame Adsis Esmeraldas.

Gracias a cada una de las personas que forman nuestra familia Adsis en Esmeraldas, por vuestras conversaciones en cada rincón de la casa, los viajes, las cenas... y lo menos costoso y más valioso, vuestros abrazos, sonrisas y besos que facilitaron sentirnos en familia.

Gracias por cada momento que hemos compartido y vamos a seguir compartiendo.

¡Nos vemos pronto!

¡Una gran sonrisa! nuevamente gracias por hacernos sentir en familia y a la ayudita del destino...

Sonia Ortega

3. ¿Qué pintas tú en Ecuador?...

Los amigos son así de directos; aquí y allí. Y no me resulta fácil contestar. Lo habitual es que, dependiendo de quién me pregunte, me salga por la tangente. Hay quién sólo quiere saber anécdotas y hay quien quiere saber de verdad qué te motiva.

Lo más fácil es explicar lo que haces, pero te das cuenta enseguida de que eso los descoloca: parece que lo que haces no justifica que tengas que venir aquí para hacerlo. Cuando un amigo te hace esa pregunta, no está inquiriendo esos porqués. Está preguntando el PORQUÉ.

No sé. Lo difícil es explicar tus motivaciones internas. Tal vez porque el origen de

esas decisiones no está en el ámbito de las ideas o de la razón, sino en el de las convicciones y los sentimientos. Y es más difícil hacerlos comprender y, además, tienes la sensación de desnudarte en público.

Fue aproximadamente en nuestros años universitarios, entre 1975 y 1979, cuando mi mujer y yo, entonces novios, nos propusimos incorporarnos al voluntariado cuando nuestras vidas se asentaran. A ella ahora los viajes la retraen y dice que tiene su propio Ecuador allí, en el barrio vitoriano donde trabaja; y con esa mentalidad lo hace. De todos modos, siempre he entendido mi estancia en Esmeraldas como una acción familiar, compartida incluso con nuestros hijos: no sólo porque tengan que cubrir mi hueco en casa, sino, y sobre todo, porque respetan y apoyan mi decisión. De alguna manera yo estoy aquí por ellos. De hecho la primera vez que vine les envié cada día mi diario para que vivieran conmigo el día a día.

¿Por qué Esmeraldas?... Tenía dos opciones: un entrañable amigo que me animaba a ir a Perú con su ONG, y otra el ofrecimiento que me hacía alguien que ya estaba en Esmeraldas: Juan Carlos Melgar. Nos conocíamos ya en Vitoria-Gasteiz al coincidir con distintas funciones en un mismo trabajo: el centro de Educación Compensatoria Pedro Anitua. Habíamos hablado más de una vez del tema, aunque yo creo que él no se lo tomó muy en serio hasta que le escribí para decirle que acababa de jubilarme y quería ponerme en marcha. El tirón que me daba la tranquilidad de tener, para empezar, alguien conocido en el lugar de destino pudo a la hora de decidirme. (...)

Aquella primera estancia fue principalmente de aprendizaje: las tres cuartas partes del mes, mientras adaptaba el curso que traía preparado, estuve conociendo el sistema educativo a través de conversaciones, visitas y... el periódico, porque *La Hora* abordaba con frecuencia y desde distintos ángulos la triste realidad cotidiana de la educación en Esmeraldas. La semana del curso a las maestras de aulas especiales fue especialmente instructiva para mí: la calidad humana y la preparación profesional no iban de la mano.

Cada vez que vuelvo después de mi estancia en Esmeraldas, y contemplo a mi familia y mi casa, me estremezco interiormente y me pregunto qué he hecho yo para tenerlos... Alguna vez mis hijos me han respondido: "aita, os lo habéis currado". Y mi respuesta es siempre la misma: hay otros muchos que también se lo han currado, tanto o más, y siguen viviendo con lo mínimo y sin opción de ofrecer a sus hijos otro futuro. En el grupo de universitarias a las que di clase en esta ocasión, hay bastantes ejemplos: de 20 estudiantes, todas mujeres, sólo tres no están casadas y con familia (algún día ha habido quien no ha tenido más solución que traerse a clase a su hijo de 3-4 años) y sólo una no trabaja (algunas con más de un trabajo: quince de ellas posiblemente no pasen de los 200\$ mensuales). Tienen auténticos problemas para pagarse los estudios, pero luchan por subir un peldaño. Lo cierto es que realizan un gran esfuerzo por superarse. Las incoherencias y ligerezas que contrarrestan en ocasiones ese esfuerzo, creo que habría que encuadrarlas en la idiosincrasia esmeraldeña: valoran más las relaciones personales que el rendimiento, prioritario para nosotros con excesiva frecuencia; situaciones o urgencias que a nosotros nos dispararían la angustia y el nivel de estrés, despiertan en ellos angustia, sí, pero con un importante componente de resignación, que a veces acaba rayando en el conformismo.

Me he preguntado muchas veces en Esmeraldas qué significa cooperar o ayudar. Me ha preocupado este tema porque podría cometer errores y por respeto a ellos: vienes con la mejor intención a aportar lo que crees útil y bueno para ellos, pero ¿hablamos de lo mismo?... ¿Es ayudarles colaborar a que superen las etapas de desarrollo que hemos ido superando otros, y que alcancen un buen nivel de consumismo?...¿Ayudarles es sobrevalorar lo indígena sólo por serlo, y proteger que sigan como están?...¿es hacerles apología de nuestro modelo económico y social?... ¿o es colaborar con ellos en mejorar su nivel de formación y a que miren

con ojos más críticos nuestra sociedad, para buscar otras soluciones más justas?...Desde luego sí me parece que ayudarles es, al menos, estimularles a mejorar su formación y a huir del desconocimiento; a luchar por la libertad que da la capacitación personal; y es empujarles a rebelarse contra el conformismo y la indolencia.

Siempre me ha hecho tilín la parábola de los talentos: no sólo porque el dueño da más al que más tiene, -resultan llamativas esas palabras en Jesús, pero es más que evidente en la vida cotidiana- sino también, y sobre todo, por la responsabilidad que supone haber recibido esos talentos. En ocasiones, en los malos momentos, casi desearías tener menos consciencia de tus posibilidades. Es más cómodo. Pero te repones pensando que lo que has recibido gratis, es justo que lo des gratis y sin esperar a que te lo pidan.

Juanma Paniagua

(Publicado en Revista Presencia nº 16, diciembre 2010)